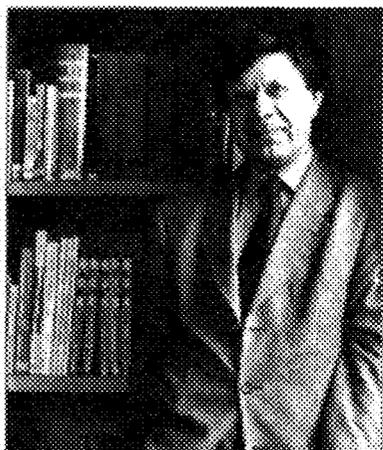


Roger Chartier

Historiador de la lectura y las prácticas culturales



Roger Chartier (Lyon, 1945) es, desde 1984, director de estudios en L'Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales de París, director del Centro Internacional de Synthèse-Fondation pour la Science y miembro de diferentes consejos editoriales.

Su formación intelectual se dio en el ámbito de la llamada escuela de los Annales, de los años sesenta, y su primer trabajo, publicado en 1969, se refirió a la Academia de Lyon en el siglo XVIII (la masonería, las sociedades literarias y las bibliotecas). Entre 1969 y 1976 fue profesor asistente en la Sorbona. En estos años se fue produciendo una evolución, compartida con historiadores de diversas generaciones, desde una historia que buscaba una lectura más científica del pasado, mediante series estadísticas basadas en la cuantificación de los fenómenos culturales, a una historia que ha reintroducido otro tipo de cuestiones como las relacionadas con la circulación del escrito impreso y las prácticas de lectura. Esta nueva perspectiva necesitaba de otro tipo de fuentes, no cuantitativas, que volvieran a colocar la singularidad de los individuos o de las comunidades en los modelos globales.

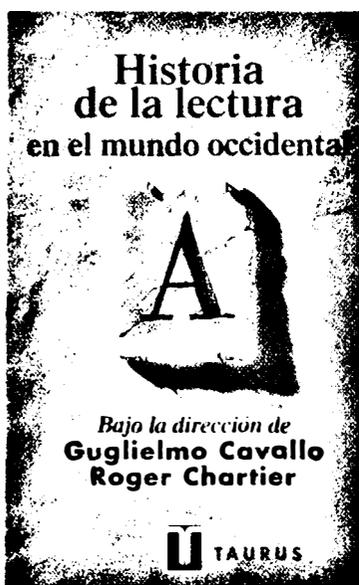
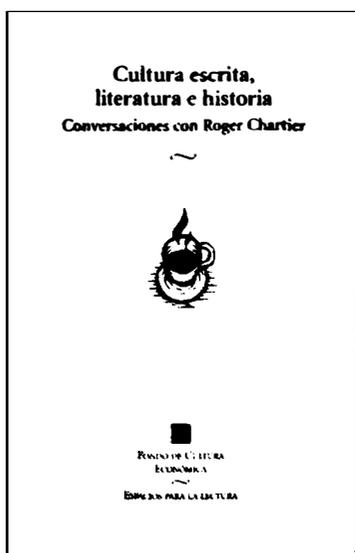
El campo de investigación de Roger Chartier fue, en sus inicios, la historia de las formas de sociabilidad y de la educación para, posteriormente, focalizar su atención en la historia de las formas, usos y efectos de la cultura escrita en las sociedades de los siglos XVI al XVIII. Paralelamente a este trabajo ha sostenido un diálogo con otras disciplinas, como la filosofía y la historia literaria. Y con autores importantes para los historiadores, aunque no sean historiadores en la definición académica de la palabra, como Michel Foucault o Michel de Certeau.

Ha impartido cursos, seminarios y conferencias en las principales universidades del mundo y ha recibido, entre otras, las distinciones del Annual Award of the American Printing History Association y el Grand Prix d'Histoire (Prix Gobert) de l'Académie Française.

Entre sus numerosas obras queremos mencionar *El mundo como representación* (Barcelona: Gedisa, 1992), *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna* (Madrid: Alianza, 1993), *El orden de los libros: lectores, autores y bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII* (Barcelona: Gedisa, 1994), *Prácticas sociales y cultura escrita en la Edad Moderna: la cultura como apropiación* (México: Instituto Mora, 1996), la recopilación de textos sobre el oficio de historiador titulada *Au bord de la falaise: l'histoire entre certitudes et inquiétude* (Paris: Albin Michel, 1998) y *Le livre en revolutions* (Paris: Textuel). Además, dos recientes obras son de destacar. La primera es la que dirigió junto a Guglielmo Cavallo, *Historia de la lectura en el mundo occidental* (Madrid: Taurus, 1998), donde trece historiadores pretenden localizar, dentro de cada una de las secuencias cronológicas escogidas, las mutaciones fundamentales que han ido transformando en el mundo occidental las prácticas de lectura y sus relaciones con lo escrito, desde la invención de la lectura silenciosa en la Grecia clásica hasta las prácticas nuevas, permitidas y a la vez impuestas por la revolución electrónica de nuestro presente (véase reseña en EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA, n° 96, pp. 67-68).

El otro reciente libro a destacar es *Cultura escrita, literatura e historia: conversaciones con Roger Chartier* (México: Fondo de Cultura Económica, 1999) donde, en diálogo con tres historiadores y un editor, va comentando, entre otros aspectos, la biblioteca universal como sueño y pesadilla, las revoluciones de la lectura, el tránsito del rollo al códice, libros y educación, el papel de los intelectuales y escribir y leer en el siglo XXI (véase reseña en EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA, n° 106, pp. 16-17).

Agradecemos a Daniel Goldin, de la Red de Animación a la Lectura del Fondo de Cultura Económica, las gestiones realizadas para poder llevar a cabo la siguiente entrevista.



PUBLICIDAD

Usted señala tres momentos: el de la elaboración del texto, el de su fijación en un soporte (sea un códice, un libro impreso o un CD-ROM) y la lectura por parte del lector. Ahora bien, dado que los libros u otros objetos de lectura no caen del cielo, sino que se compran, se toman en préstamo, etcétera, existe una mediación del librero o del bibliotecario. Ellos aplican una serie de saberes y estrategias (elaboración de catálogos, exhibición de novedades...) para que ese objeto de lectura sea adquirido o tomado en préstamo. En un momento como el actual de coexistencia del manuscrito, del texto impreso y del texto electrónico, ¿qué retos se le abren a la biblioteca pública para llevar a cabo esa intermediación?

La biblioteca pública, en cada uno de los momentos de la trayectoria de la historia del libro (el manuscrito, el libro impreso y ahora el libro y los textos electrónicos), cambia de sentido para una sociedad. Durante el tiempo del libro manuscrito, la biblioteca, abierta a un público, aunque no necesariamente significa que fuese pública, era el recurso para encontrar los textos. Su papel, fundamentalmente, era el de posibilitar la lectura. En el momento de la cultura impresa está claro que el libro circulaba de una manera mucho más amplia, que las bibliotecas privadas se multiplicaron y que, entre los siglos XVI y XVIII, las bibliotecas abiertas al público permitían leer lo que no se podía comprar, es decir, los libros raros antiguos o las obras cuya importancia y coste quedaban fuera del alcance de un individuo singular. Si pensamos en la cultura impresa del XIX y del XX, en que se fundamenta y construye el concepto de *public library*, se debe concebir la biblioteca en relación con un nuevo público. No es el público de los lectores que van a buscar el libro que no tienen sino que es una posibilidad para abrir el abanico social del público del libro permitiendo leer a muchos más que a los meros compradores de libros. En el momento actual, con la revolución del libro y del texto electrónico (que no borran los antiguos significados de la biblioteca), hay otro desafío: el texto electrónico se puede leer fuera de la biblioteca. Hay una oferta textual que cada uno puede leer privadamente, en su despacho o en su casa. Esto, para algunos, significa que, en consecuencia, la biblioteca desaparece, entendida la biblioteca como un edificio que acoge a los lectores. Yo no comparto esta visión. Si esta diseminación de los textos puede encontrar al lector en su privacidad, al mismo tiempo la biblioteca debe desempeñar otro papel, el de constituir alrededor de la cultura escrita una reflexión común, una aculturación a lo escrito, proponer instrumentos para navegar correctamente sin hundirse en el mar electrónico,

organizar alrededor de la cultura escrita en todas sus formas (manuscritas, impresas, electrónicas) un lugar de aprendizaje, de sociabilidad, de intercambio. En este sentido, me parece que hay un nuevo papel para las bibliotecas que no borra, al menos en los próximos siglos, las otras tres funciones que he indicado. Y por ello, una función social, aunque cambien los modos de acceso a los documentos que va a proponer la biblioteca.

“La biblioteca debe desempeñar otro papel, el de constituir alrededor de la cultura escrita una reflexión común, una aculturación a lo escrito, proponer instrumentos para navegar correctamente sin hundirse en el mar electrónico, organizar alrededor de la cultura escrita en todas sus formas (manuscritas, impresas, electrónicas) un lugar de aprendizaje, de sociabilidad, de intercambio.”

Me suelen preguntar si es posible una biblioteca que abarque todos los libros que existen. No hay obstáculo teórico para ello si suponemos que todos los textos que fueron escritos y que hasta ahora tienen una forma manuscrita o impresa se transforman en textos digitalizados. Claro está, los obstáculos no vienen de ahí sino que son de tipo económico, jurídico, social, etcétera. Pero teóricamente es pensable y quizás por primera vez, porque anteriormente el lector debía de ir al libro (a la biblioteca) o el libro llegar al lector a través del préstamo o la compra. Ahora existe como una desmaterialización del libro, lo que permite una transmisión, teóricamente universal, de la totalidad del patrimonio escrito. Pero lo que quisiera subrayar es otro papel de la biblioteca contemporánea que puede ser, entre otras instituciones, el lugar en que se accede a esta biblioteca universal. Yo creo que hay que reflexionar sobre los efectos que produce la digitalización. Si se piensa en el texto en su dimensión propiamente semántica, en su contenido discursivo, se puede decir que el texto es el mismo, sea manuscrito, impreso o en su forma digitalizada. El texto se mantiene. Pero si pensamos el texto en relación con los lectores del pasado debemos inmediatamente introducir en nuestro pensamiento los efectos producidos por la materialidad del objeto en que este texto fue transmitido. Supongamos un texto de la antigüedad que ha conocido la forma del rollo, del códice manuscrito, de las ediciones impresas y que puede encontrar una nueva forma que es la electrónica. Es el mismo texto, pero si queremos reconstruir, percibir y comprender cómo los lectores

de estos pasados han entendido y manejado este texto debemos mantener un acceso posible a sus formas diversas. De ahí el papel de la biblioteca, porque generalmente es en ella donde se encuentran estas formas previas del texto digitalizado. Es una función fundamental, una función histórica: permitir al lector, que puede leer en su casa un texto a través de una forma digitalizada, ir a la biblioteca para comprender cómo otros lectores anteriores a su propia lectura habían manejado este texto y lo habían encontrado en una forma material, en un objeto específico, que no tiene nada que ver con el ordenador y que era el objeto de la lectura. Por eso, la biblioteca no tiene únicamente una función de aprendizaje, de aculturación, de socialización, sino que existe también una función patrimonial, fundamental en el sentido histórico, de la biblioteca. Es la razón por la que pienso que las bibliotecas con paredes van a sobrevivir en el mundo de la biblioteca universal sin paredes.

“La biblioteca no tiene únicamente una función de aprendizaje, de aculturación, de socialización, sino que existe también una función patrimonial, fundamental en el sentido histórico, de la biblioteca. Es la razón por la que pienso que las bibliotecas con paredes van a sobrevivir en el mundo de la biblioteca universal sin paredes.”

La biblioteca pública no cesa de otorgarse misiones suplementarias. Quiere ser útil del analfabeto al universitario, del bebé al anciano, del desempleado a la pequeña empresa de su localidad. A su vez, trabaja con distintos soportes. Esto es lo que le da su interés y su dificultad. Pero esto no siempre ha sido así en la historia de las bibliotecas públicas. ¿Esta concepción de la biblioteca pública se inscribe en una democratización del acceso a la cultura? ¿Hasta qué punto es un deseo y hasta qué punto una realidad?

No tengo la competencia para contestar porque se deberían utilizar de una manera comparativa datos precisos de las bibliotecas del mundo anglosajón, de Francia, de España, de México... para ver la frecuentación de las bibliotecas y dentro de los públicos de las bibliotecas cuales son los usos verificables más frecuentes. Hay estudios de la biblioteca del Centro Georges Pompidou, que ciertamente es una de las instituciones que produjo de una manera más importante una forma de autoreflexión, sobre su público, los usos del público, la adecuación o la desvinculación entre la oferta y los

deseos no imaginarios de los bibliotecarios sino los deseos reales del público. Lo que puedo decir es que me parece que hay una tendencia a hacer más especializadas las bibliotecas, incluso cuando es un único edificio. La Biblioteca Nacional de Francia, por ejemplo, ha organizado dos tipos de público, dos formas de lectura: una biblioteca que es pública, con libre acceso a los libros, y una biblioteca patrimonial en la que hay una comunicación a través de la mediación de los bibliotecarios y un público que debe justificar por qué quiere utilizar esas instalaciones. Este modelo se disemina también con las bibliotecas de los diversos barrios, las bibliotecas en las empresas o las bibliotecas escolares. Diseminan lo que usted describía como las misiones, a veces pensadas como juntas dentro de la misma institución. Quizás la dificultad para asumir el funcionamiento correcto de todas estas funciones a la vez conduce a una idea de especialización de las bibliotecas en función de diversos criterios, aunque, lo repito, sea un único edificio que abarca a diversas bibliotecas dentro de una. Quizás sea la tendencia del futuro, no lo sé. Al mismo tiempo, todo lo que comentábamos sobre la biblioteca como lugar de aprendizaje, de aculturación a los nuevos soportes del texto, puede reducir esta diferenciación puesto que es la misma oferta textual la que cada uno puede recibir en una biblioteca escolar, en una biblioteca de empresa o en la biblioteca nacional.

No tengo capacidad para establecer un diagnóstico para el futuro, pero me parece que la cuestión se plantea dentro de esta tensión entre una especialización por un lado y por otro una homogeneización a partir de la comunicación de los textos electrónicos.

La Ilustración tuvo dos sueños relacionados, de una manera u otra, con la biblioteca. El primero, retomando el sueño de la Biblioteca de Alejandría, un acceso universal a este patrimonio universal y que a través de lo que hemos esbozado se podría pensar, no sin dificultad, pues la realidad económica no necesariamente acompaña a la posibilidad teórica, y más allá de esto, una biblioteca universal es una biblioteca que no se puede leer porque desborda al lector. Aquí se plantea el problema de los instrumentos, de las guías, de la aculturación a este mundo abierto. No es suficiente con dar al lector un acceso a la biblioteca universal, más importante es darle la capacidad y la competencia para entrar en esta biblioteca y no perderse en un mundo en el que no hay señales, indicaciones y herramientas de búsqueda.

El segundo sueño de la Ilustración era la idea de construir un espacio público a partir del intercambio de las opiniones individuales. Es decir, que cada

lector de un texto impreso, de una carta manuscrita o de un informe, debía poder convertirse en un participante de la producción textual y así construir un espacio en el que los juicios, las opiniones, las críticas se intercambiaran. Era la definición misma de Kant de espacio público en el siglo XVIII. Construirlo a partir del intercambio de los textos y de una articulación inmediata entre leer y escribir, escribir y leer. Este sueño puede encontrar, con el texto electrónico, pero más aún con el correo electrónico, la dimensión de intercambio individual, un soporte. En el tiempo de Kant no sólo estaba la limitación del analfabetismo, que limitaba la capacidad universal de entrar en esta construcción de un espacio público a partir de la utilización de la escritura, sino que también había limitaciones provenientes de los soportes del escrito: la correspondencia, la circulación de los libros... que encontraban obstáculos diversos, económicos o técnicos. Con el texto electrónico estos obstáculos ya no existen. Cada uno, y vuelvo a repetir lo de teóricamente, puede entrar en esta construcción de un espacio público leyendo lo que se recibe y escribiendo a los demás. De esta manera, hay un soporte técnico posible para ese segundo sueño de la Ilustración.

Pero también vemos que no es suficiente con que exista una posibilidad para que esta posibilidad se vuelva real. En este sentido se ve claramente que, a contrapelo de esta posibilidad, existe la cerrazón de comunidades de uso del texto electrónico que no va en el sentido de lo universal sino de lo particular. Un mundo de lectores-escritores que se definen a partir de su especificidad, porque se interesan en el mismo tópico de discusión o porque tienen características comunes, etcétera. No hay nada que sea evidente y si la técnica permite la comunicación potencialmente universal, al mismo tiempo vemos cómo el uso real de la técnica virtual se va frecuentemente por otros caminos, en el sentido de reforzar las particularidades, de encerrar las comunidades de lectura o de interpretación.

No hay un sentido intrínseco en las técnicas, en los aparatos. Las técnicas y los aparatos son lo que el público y los poderes hacen de ellos y no tienen en sí mismos el uso que se hace o se puede hacer de ellos. De ahí que debemos reintroducir en toda esta discusión, más allá de los elementos técnicos, elementos que podemos calificar como sociales o políticos, en un sentido amplio de la palabra. Es decir, la tensión siempre existente entre usos que se organizan a partir de los poderes (económicos, políticos) y los usos que se organizan a partir de las necesidades o deseos de los ciudadanos, del hombre ordinario. Esta dinámica, que puede ser conflictiva, a

menudo está olvidada en las discusiones sobre la técnica electrónica que parecería neutra, como queriendo transformar sus posibilidades en realidades, sus potencialidades en uso. Me parece que no es el caso. Debemos de pensar políticamente, en el sentido noble de la palabra, la realidad electrónica.

"No es suficiente con dar al lector un acceso a la biblioteca universal, más importante es darle la capacidad y la competencia para entrar en esta biblioteca y no perderse en un mundo en el que no hay señales, indicaciones y herramientas de búsqueda."

En este sentido, se podría pensar que existe un cierto interés en esconder un debate sobre el control político de las técnicas y de centrarlo en otros aspectos más inocuos como las imágenes apocalípticas sobre la desaparición del libro, etcétera. Vemos que, por un lado, existe la posibilidad técnica de universalizar el acceso a la cultura escrita por medio de las técnicas electrónicas, pero también, por otro, la posible o real existencia de dominación de ciertos grupos empresariales o ciertos países sobre la transmisión de los textos electrónicos, lo que plantea el debate sobre el control, la difusión, la naturaleza de lo que se transmite a través de las redes y de las bibliotecas propiamente electrónicas. También, el caso tantas veces señalado de que en la isla de Manhattan existan más conexiones telefónicas, y por tanto acceso a Internet, que en toda África subsahariana. ¿Esta situación plantea un combate político para que estas técnicas puedan estar a disposición de todo el mundo?

Hay dos aspectos que quiero subrayar. El primero es que me parece que los diagnósticos apocalípticos no se emiten sobre la realidad que intentan designar: no hay una muerte del texto, del lector, ni siquiera del libro con las nuevas técnicas. Pero lo que indican estos enfoques mal planteados es que hay una serie de incertidumbres, dudas e inquietudes frente a un mundo textual cuyas formas cambian. Es lo que he señalado sobre la dificultad para identificar inmediatamente el estatuto y el uso de tal o cual texto, dado que la pantalla del ordenador los homogeneiza y los unifica, se pierden a menudo los elementos inmediatamente materiales que permitían organizar, incluso inconscientemente, la cultura escrita impresa. Esta inquietud se traduce a través de esos diagnósticos que no entienden que

esta inquietud se puede superar y que se debe afrontar tal como es, para desplazar la cuestión sobre una visión catastrofista y apocalíptica.

El segundo aspecto es que si hay esta tensión entre un posible control de la oferta textual o de la información o de las bases de datos, en términos de contenido o de lengua, por las grandes empresas multimedia, por un lado, y por otro, los deseos, necesidades y sueños de los que usan la técnica electrónica en su privacidad para establecer una relación entre personas para construir un espacio público crítico. Si hay esta tensión y si a menudo está escondida es porque hay otra originalidad fundamental: es el mismo objeto el que permite a la vez la más íntima de las comunicaciones, por ejemplo una carta escrita en el correo electrónico, y por otro lado que recibe lo que las grandes empresas multimedia venden (CD-ROM, bases de datos, etcétera), lo que no era el caso en la cultura impresa ni en la manuscrita. Una carta manuscrita tiene su dimensión, su especificidad, su naturaleza y la edición de los *mass-media* produce un objeto completamente diferente. Ahora, en cambio, es formalmente el mismo objeto el que transmite ambas formas de producción textual y finalmente quien les da la misma apariencia (en cuanto al

mismo carácter tipográfico, la misma posición en la página...). De aquí proviene, me parece, la dificultad para entender lo que usted describía en términos de tensión, de conflicto, de intervención de los ciudadanos del espacio público, la política entendida como lo que se discute democráticamente en un espacio de crítica e intercambio, y por otro lado la fuerza y el poder de empresas multimedia que intentan, como lo habían hecho con la cultura impresa, instalar una dominación económica, pero al mismo tiempo cultural, lingüística y social. Lo que hace más difícil ser conscientes de esta tensión es justamente la especificidad material y formal del vehículo de transmisión del texto. El correo electrónico y el CD-ROM se reciben a través del mismo objeto, con las mismas formas. De ahí, sin que necesariamente haya una voluntad de un ocultamiento controlado y decidido, la dificultad para pensar la diferenciación entre textos y usos a partir del momento en que se reducen sus diferencias inmediatamente visibles y formales. Me parece otra consecuencia de la recepción de los textos frente a una pantalla, que se debe examinar muy cuidadosamente. ☑

Ramón Salaberria

PUBLICIDAD